

nada era ya capaz de contener el ímpetu de los que veían próxima la victoria. Ciegos con el ardor del combate, y anhelando dar pronto fin á la lucha, aplicando teas, poniendo fuego á las casas y torres de los teocallis, donde se defendían los choluleses, obligándoles á salir de ellos, y recibiendo con las puntas de sus espadas (1).

El combate, sin embargo, continuaba, distinguiéndose por su decision los soldados que guarnecían los terrados y las torres del gran templo. Los sacerdotes, tendido el cabello y ostentando sus sangrientas vestiduras, animaban á los guerreros, teniendo por inexpugnable el santo asilo consagrado al dios Quetzalcoatl. El pueblo, para evitar que los españoles llegasen á poner la planta en las gradas que conducían á lo alto del templo, recurrieron á un medio que juzgaban infalible. Ya he dicho que existía una tradicion vulgar que aseguraba que, raspando las paredes del teocalli, brotaría de ellas el agua á torrentes, inundando el terreno que pisasen los contrarios, ahogándoles instantáneamente.

Cortés habia llegado con sus soldados al pié del famoso templo. Antes de ordenar el asalto intimó rendicion á sus

(1) «Se aprovecharon, dice Prescott, de los dardos incendiados para poner fuego á la ciudadela, que pronto se convirtió en cenizas.»

Solis dice: «No parece fácil que se pudiese introducir la llama en aquellos altos edificios (los teocallis) sin abrir primero el grado de las gradas, si ya no lo consiguió Hernan Cortés, valiéndose de las flechas encendidas con que arrojaban los indios á larga distancia sus fuegos artificiales.» Ya he manifestado lo inverosímil de las flechas encendidas. Yo creo en la sencilla relacion de Bernal Diaz y Cortés que se hallaron en el combate, y nada hablan de esas flechas.

defensores. La respuesta fué una descarga de flechas y de dardos acompañada de una tupida lluvia de enormes piedras arrojadas desde arriba.

Los castellanos avanzaron hácia la escalera. Los choluleses, para ahogarles en una inmensa laguna, rasparon las paredes del teocalli; pero en vez de los impetuosos rios que esperaban ver brotar de ellas, solo alcanzaron á sacar un poco de polvo y tierra. El poder del «dios del aire» habia terminado ante el poder del dios de los extranjerros. Su venerable divinidad era impotente para oponerse á la marcha de aquellos hombres extraordinarios. La fé en la ayuda de la deidad tutelar habia desaparecido. Tal vez les negaba su proteccion porque habian hospedado en la ciudad santa á los enemigos de su religion. Acaso combatiendo con denuedo, para reparar la falta cometida, les volveria su favor. Los guerreros choluleses, fortalecidos con esta esperanza, emprendieron una lucha obstinada contra los asaltantes. Los españoles subian las gradas bajo una nube de flechas que pasaba silbando por encima de sus cabezas. En cada terrado se verificaba un combate sangriento. Al llegar al último cuerpo, los acometidos se defendían con desesperacion. Cortés volvió á intimarles rendicion, ofreciendo perdonarles; pero resueltos á vencer ó morir, continuaron resistiendo heroicamente desde las torres de madera en que, por último, se habian refugiado. Los asaltantes pegaron fuego á las torres para obligar á que se rindiesen los que las defendían. Algunos perecieron entre el humo y las llamas: otros se arrojaron sobre sus enemigos, pereciendo luchando, y los demás se precipitaron de la altura al átrio, prefiriendo morir á caer pri-

sioneros. Uno solamente careció del heroico valor de sus compañeros, deponiendo las armas (1).

¡Notable rasgo de heroicidad que honra la memoria de los que sucumbieron! (2).

Tomados los teocallis y los parapetos construidos en las calles, los escuadrones choluleses y mejicanos emprendieron la fuga, perseguidos por la caballería y los soldados tlaxcaltecas.

Todo era desolacion y espanto en aquella industriosa ciudad, que el dia anterior respiraba vida y contento. La sangre, los cadáveres, el incendio, el ¡ay! desgarrador de los moribundos abandonados en el teatro del combate; el aterrador alarido de guerra lanzado por los tlaxcaltecas, sedientos de víctimas; la detonacion de los arcabuces; las columnas de fuego que, envolviendo las torres de los templos, se levantaban al cielo enrojeciendo la atmósfera, era el horrible cuadro que presentaba la populosa capital de Cholula, la ciudad santa, la Roma del Anáhuac.

Los tlaxcaltecas, dando libre rienda al encono profundo reprimido por largo tiempo contra los choluleses, perseguian á sus contrarios sin dar cuartel al que alcanzaban en su fuga.

Cinco horas duró aquella desoladora escena en que, segun Cortés, «murieron mas de tres mil hombres» de sus

(1) Oviedo, *Historia de las Indias*.—Camargo, *Historia de Tlaxcala*. MS.—Ixtlilxochitl, *Historia chichimeca*, MS.

(2) Solís califica el hecho de «notable señal de obstinacion». No estoy de acuerdo con su parecer. La obstinacion es la porfia de mantener un error; y el luchar por la patria no es la porfia de un error, sino el heroismo noble y santo por la defensa de una causa justa.

contrarios, aunque algunos historiadores hacen subir la cifra á doble número (1).

Terminado el combate, las casas y los templos fueron puestos á saco por los vencedores, que se derramaron por la ciudad como un torrente devastador. Los españoles despojaron á los ídolos de las alhajas de oro y piedras de que estaban adornados, mientras los tlaxcaltecas, apreciando mas que el oro los efectos de que se hallaban privados hacia muchos años, se apoderaban de las telas de algodón, de las mantas, de las plumas y de la sal, que encontraron en abundancia.

Llama la atencion que, en medio del saqueo y de la ira del combate, respetasen los tlaxcaltecas la orden que les habia dado Cortés de que no se hiciese daño á las mujeres ni á los niños. Todos estos débiles seres fueron respetados, á pesar del odio que profesaban á los choluleses.

Mientras las casas y los templos de la ciudad se hallaban invadidos por la soldadesca, Hernán Cortés, acompañado de su corto escuadron de caballería, volvió al alojamiento donde habia dejado presos á los caciques y jefes principales. Lamentandolos males que habian caido sobre la poblacion, les dijo que ellos eran la causa de la sangre

(1) No es creible que Cortés, que juzgaba el triunfo como una gloria, tratase de rebajar el número de muertos hecho á sus contrarios, puesto que, cuanto mayor fuese, mas encarecia las dificultades para alcanzar el triunfo. Bernal Díaz del Castillo no menciona las pérdidas de los choluleses. Solamente dice que «se les dió una mano que se les acordará para siempre, porque matamos muchos dellos». El lector podrá aceptar el número indicado por Cortés al referir el hecho á Carlos V, ó el de los escritores que lo aumentan.

vertida y de la desolacion de las familias. Los caciques se manifestaron arrepentidos de su proceder, y volvieron á disculparse diciendo que habian obrado por instrucciones recibidas de Moctezuma. Añadieron que desde aquel instante podia contar con la fidelidad de ellos y de todo el país, y terminaron suplicándole que hiciese acabar el rigor, dando lugar á la clemencia, permitiendo que uno de ellos saliese á decir á las desoladas familias que volviesen á sus hogares.

Movido Cortés de las súplicas, accedió gustoso á la peticion; mandó que cesase todo acto agresivo y publicó un indulto general.

Dos de los gobernantes de la ciudad se dirigieron entonces hácia donde se hallaban los aterrados habitantes, y les dijeron que podian volver sin temor á sus hogares.

La lucha y el desórden habian terminado, para ceder su lugar á la paz y la justicia.

Cortés, sabiendo que los tlaxcaltecas habian hecho algunos cautivos de ambos sexos, llamó á sus jefes y les dijo que les dejasen inmediatamente en libertad. Sensible les era á los guerreros de Tlaxcala renunciar á los que habian hecho cautivos; pero el sincero afecto que profesaban al caudillo español les hizo apresurarse á obsequiar su humanitario deseo.

Dada esta disposicion, mandó que se limpiase la ciudad y que se recogiesen los cadáveres que se hallaban insepultos en los sitios en que se habia combatido.

Pocas horas despues de haber terminado la sangrienta lucha, se presentó en Cholula el general Jicotencatl, á la cabeza de veinte mil hombres, en auxilio de Hernan Cor-

tés. El senado de Tlaxcala, al saber que se habia empeñado una accion dentro de la ciudad, temió por la suerte de los españoles y dispuso que saliese inmediatamente la fuerza referida.

Hernan Cortés vió en aquel rasgo la lealtad de sus valientes aliados. Agradecido á la buena voluntad del senado, recibió á Jicotencalt con afectuoso cariño, y le manifestó el profundo reconocimiento de su alma. Luego, deseando corresponder á la prueba de amistad del pueblo tlaxcalteca, regaló al general Jicotencalt y á sus capitanes lo más apreciable, para ellos, del botin, contándose en el abundante presente finas telas de algodón, ricos mantos de plumas y muchas cargas de sal, de que carecia la república. Hecho el obsequio, le dijo que podia volver con su ejército á Tlaxcala, pues habia terminado felizmente lo de Cholula, suplicándole que le dejase los seis mil hombres primeros, pues deseaba tener en su compañía una parte de los valientes guerreros de la república amiga.

Las acertadas y pacíficas medidas dictadas por Cortés desde los instantes que cesó el terrorífico estruendo de las armas, difundieron la confianza en el seno de las familias. Los dos respetables sacerdotes, por quienes tuvo certeza de la conspiracion tramada, se presentaron á él, acompañados de varios nobles de la ciudad, á suplicarle que olvidase lo pasado y mirase con paternal cariño á los afligidos habitantes. Añadieron que habiendo muerto en el patio del cuartel español el cacique principal, deseaban que ocupase su lugar en el gobierno su hijo, á quien le correspondia segun las leyes del país. Hernan Cortés les dijo que desde aquel instante quedaba elegido, como lo desea-

ban, pues él no habia ido á alterar en lo mas mínimo sus instituciones.

Pronto voló por la ciudad entera la noticia de la deferencia manifestada por el caudillo español hácia los habitantes de Cholula.

La alegría brilló en el semblante de la multitud, y la confianza fué restableciéndose gradualmente en la sociedad.

Las afligidas madres que habian huido con sus tiernos hijos, buscando en el campo un lugar seguro, volvieron llenas de consuelo á sus abandonados hogares, donde tenian su corta hacienda y sus penates.

La ciudad volvió á cobrar su aspecto grandioso y animado. Se abrieron las tiendas y los mercados; los artesanos y los artífices se entregaron con actividad á sus ocupaciones; los gobernantes á vigilar por el bien de los pueblos, y la sociedad entera al moralizador trabajo.

Ganada la voluntad de los choluleses con la afabilidad y deferencia mostrada hácia ellos por Hernan Cortés, el caudillo español trató de hacer amigas á las dos naciones rivales y vecinas, Tlaxcala y Cholula. Valiéndose del influjo que ejercia en el corazon de los tlaxcaltecas y del aprecio que le manifestaban ya los gobernantes choluleses, consiguió su noble objeto. Accediendo ambos gobiernos al deseo del jefe castellano, celebraron solemnemente sus tratados de paz y de alianza, á los cuales jamás llegaron á faltar desde entonces.

Los acontecimientos de Cholula relativos al hecho de armas verificado dentro de sus calles y en el cuartel espa-

ñol, han sido juzgados de diversa manera por los escritores que se han ocupado de ellos.

Hasta que el venerable dominico español Fray Bartolomé de las Casas no habló de los acontecimientos de Méjico, el hecho habia sido considerado como un castigo justo, como un acto legal de la guerra, donde el que se ve cercado de enemigos que le han atraído con halagos á un punto determinado, trata de salir de él recurriendo á todos los medios de defensa. Si no hubiera sido considerado como legal, en el terrible arte de la guerra, la medida tomada por Cortés, es indudable que en vez de darle cuenta á Carlos V de ella, como salvadora y justa, la hubiera ocultado, refiriendo el acontecimiento de la manera que hubiese juzgado mas conveniente. Pero lejos de ver en el hecho nada punible, le consideró correctivo indispensable, hasta el grado de hacer que permaneciesen sin derribarse los patios durante muchos años, «como memoria del pasado castigo» (1).

Pero pasó el tiempo. Pintó los sensibles acontecimientos, que no habia presenciado, el padre Las Casas, no con la imparcial pluma del historiador, sino con la punzante del satírico; y sin apoyar su aserto en mas documento que su preocupada imaginacion, atribuyó á un capricho, á un deseo de sangre de Cortés las trágicas escenas de Cholula. El escrito apasionado del celoso defensor de los indios, que no descansaba en prueba nin-

(1) Bernal Diaz, al escribir su historia mas de cuarenta años despues del suceso, dice: «que aun todavía se están sin deshacerse (los patios) por memoria de lo pasado».